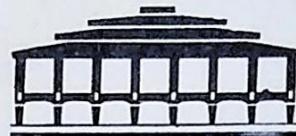




Universidad
de
Antioquia



Departamento
de
Bibliotecas

E. M. Cioran fragmentos



Nació en el año de 1911 en la aldea Rumana de Rasinari, hijo de un sacerdote ortodoxo.

Estudió filosofía en Bucarest, donde se licenció con una tesis sobre el pensamiento de Bergson.

En 1933, gana el premio de los jóvenes escritores Rumanos con una obra titulada "En las cimas de la desesperación". Becado por el Liceo Francés de Bucarest se traslada a París para ampliar sus estudios: ahí se quedará ya para siempre.

Por entonces practica mucho su deporte favorito: la bicicleta, llega a ser un consumado ciclista, hasta el punto de que, en una reciente emisión de la televisión francesa sobre la "historia del ciclismo", se hablaba de Cioran entre otros campeones del pedal.

Vive en esa época gracias a las becas como estudiante extranjero que le concede la universidad. "Institución imbécil pero benéfica" como dice.

En el año de 1950 se le acaban las becas, para ser estudiante no es ya demasiado joven, pues tiene 39 años.

Intenta ejercer como profesor de Liceo. Pero a los pocos meses se suicida una alumna y la dirección le hace saber veladamente que le considera culpable. A volar.

Entra a trabajar en la editorial Plon como director de una colección, en la que aparecen obras de Ortega al que admira, y de sus poetas y moralistas favoritos.

La colección es un fracaso comercial. "¡Unos pocos meses más y hundo la editorial!".

"— Tras una existencia en que he conocido bastantes países y he leído muchos libros he llegado a la conclusión que era el campesino Rumano quien tenía la

razón. Ese campesino que no cree en nada, que piensa que el hombre está perdido, que no hay nada que hacer, que se siente aplastado por la historia. Esa ideología de víctima es también mi concepción actual, mi filosofía de la historia. Realmente, ¡Toda mi formación intelectual no me ha servido de nada!

— Yo creo que un libro debe ser realmente una herida debe trastornar la vida del lector de un modo u otro. Mi idea al escribir un libro es despertar a alguien, azotarle, puesto que los libros que he escrito han surgido de mis malestares por no decir mis sufrimientos, es preciso que en cierto modo transmitan ésto al lector.

— Un pensamiento fragmentario refleja todos los aspectos de nuestra experiencia un pensamiento sistemático refleja solo un aspecto, el aspecto controlado, luego empobrecido.

— El sistema es siempre la voz de jefe: por eso todo sistema es totalitario, mientras que el pensamiento fragmentario permanece libre.

— Todo lo que he dicho, y todo lo que desde siempre he comentado, es inseparable de lo que he vivido. No he inventado nada, solo he sido el secretario de mis sensaciones”.

Cioran fue presentado por Saint John Perse como el más grande prosista del siglo y el filósofo cristiano Gabriel Marcel sospechó que Cioran es el diablo.

LIBROS DE CIORAN TRADUCIDOS AL ESPAÑOL

Cioran, E.M. Breviario de Podredumbre. Madrid, Taurus, 1972.

----. La tentación de Existir. Madrid, Taurus, 1973.

----. El Inconveniente de Haber Nacido. Madrid, Taurus, 1973.

----. El Aciago Demiurgo. Madrid, Taurus, 1974.

----. Contra la Historia. Barcelona, Tusquets Editores, 1976.

----. La Caída en el Tiempo. Venezuela, Monte Avila, 1977.

----. Adiós a la Filosofía: Antología de Fernando Sabater.

LIBROS EN FRANCES (ALGUNOS PARCIALMENTE TRADUCIDOS)

Cioran, E. M. Syllogismes de L'Amerture. París, Editions Gallimard, 1952.

----. Histoire et Utopie. París, Librairie Gallimard, 1960.

----. Essai Sur La Pensée Reactionarie. (Fata Morgana). Montpellier, Bruno Ray Editeur, 1977.

----. Escartelement. París, Editions Gallimard, 1979.

ANTOLOGIAS EN REVISTAS

Cioran, E. M. Del Inconveniente de Haber Nacido: Antología de Ester Silegson. Revista Universidad de México, Marzo, 1974.

----. Bosquejando Vértigos. Revista Escalandar. New York, abril-junio, 1979.

----. Desgarraduras. Revista Vuelta. México, abril, 1979.

ENTREVISTAS Y ENSAYOS SOBRE E.M.CIORAN

Savater, Fernando. Ensayo sobre Cioran. Madrid, Taurus, 1974.

----. Estampa: Cioran, para agravar nuestros males. El Viejo Topo. Barcelona, (4): 18-19, 1974.

Pereira, Armando, E.M. Cioran o el fin de la Historia. Revista Universidad de México. 32(10):29-32, Jun'78.

Arques, Rossend. Entrevista con E.M. Cioran: Los suicidas prefiguran los destinos lejanos de la humanidad. El Viejo Topo. Barcelona, (38):27-31, Nov'79.

Fijmann, Ben Ami. Entrevista con Cioran. Eco. Bogotá, (211):80-87, May'79.

Existir es un plagio.



¿Le diré el fondo de mi pensamiento? ¿Toda palabra es una palabra más?



Vivir es ir perdiendo terreno.



Vagabundeo a través de los días como una puta en un mundo sin aceras.



La inconsciencia es una patria; la conciencia un exilio.



Cualquier proyecto es una forma disfrazada de esclavitud.



En cuanto empieza uno a querer, cae bajo la jurisdicción del demonio.



Sufrir es producir conocimiento.



Ser es estar acorralado.



Todo se reduce, en suma, al deseo o la ausencia de deseo, el resto es matiz.



El único medio de salvaguardar la soledad, es hiriendo a todo el mundo, empezando por aquellos que nos aman.



Lo que espera un amigo son miramientos, mentiras, consuelos, cosas todas ellas que implican esfuerzo, trabajo de reflexión, control de si mismo, la permanente preocupación de delicadeza que la amistad supone es antinatural. Pronto, indiferentes o enemigos, para que se pueda respirar un poco!



¿Amar? Hasta la chusma repudia el "sentimiento" ¿La piedad?, hurgad en las catedrales: ya sólo se arrodilla la ineptitud. ¿Y quién quiere aún combatir? El héroe está caduco, únicamente la carnicería personal está en curso. Somos fantoches clarividentes apenas aptos para hacer remilgos ante lo irremediable.

Para vencer nuestros apegos, debemos aprender a no adherirnos a nada, sino a la nada de la libertad.



Años y años para despertar de ese sueño en el que se pavonean los otros; y después, años y años para huir de ese despertar.



El escepticismo es la embriaguez del callejón sin salida.



¿Quién eres? Soy un extranjero para la policía, para Dios, para mí mismo.



Nuestra fuerza se mide por el número de creencias a las que hemos adjurado. Así; cada uno de nosotros debería concluir su carrera como desertor de todas las causas.



La muerte es el aroma de la existencia. Sólo ella presta gusto a los instantes, sólo ella combate su insipidez. Le debemos casi todo. Esta deuda de agradecimiento que de tarde en tarde consentimos en pagarle es lo más reconfortante que hay en este mundo.



Se arrepiente uno de no haber tomado tal o cual resolución, pero más se arrepiente uno de cuando se ha tomado alguna, cualquiera. Mejor no actuar que asumir las consecuencias.



Tengamos la prudencia de reconocer que todo lo que nos sucede, todo acontecimiento, como todo lazo, es inesencial y que, si hay un saber lo que debe revelarnos es la ventaja de desenvolvemos entre fantasmas!



El vacío —yo sin yo— es la liquidación de la AVENTURA DEL YO, es el ser sin ninguna huella de ser, un hundimiento dichoso, un desastre incomparable.



Fundar una familia. Creo que me hubiera sido más fácil fundar un imperio.

En una sociedad perfecta se daría la orden de desaparecer desde el instante en el que uno comienza a sobrevivirse. La edad no sería siempre el criterio, ya que hay tantos jóvenes que no se distinguen de los espectros. Toda la cuestión sería saber cómo elegir a aquellos cuya misión consistiría en decir la última hora de cada uno.



Si hubiese una forma común, incluso oficial, de matarse, el suicidio sería mucho más fácil y mucho más frecuente. Puesto que para acabarse hay que buscar sus propios medios, se pierde un tiempo precioso pensando en pamplinas y se olvida de lo esencial.



Enviar un libro a alguien es cometer una violación de domicilio. Es una intrusión en su soledad, en su bien más sagrado, es obligarlo a desistir de sí mismo para pensar en tus pensamientos.



“Ni este mundo, ni el otro, ni la felicidad son para el ser poseído por la duda”. Este pasaje del Bhagavad Gita es mi sentencia de muerte.



Quisiera proclamar una verdad que me echase para siempre del mundo de los vivos. Conozco los estados de ánimo, no las palabras para formularla.



Conocer en pleno jolgorio, sensaciones que hubieran dado celos a los Padres del Yermo.



A los santos de calidad no les gustaba hacer milagros; consentían de mala gana, como si alguien los obligara. Esta repugnancia tan viva venía sin duda del miedo a caer en el pecado del orgullo y de ceder a la tentación de titanismo, al deseo de igualar a Dios y robarle sus poderes.



Cansado no solamente de lo que se deseó, sino aún de lo que podría haberse deseado. Cansado de todo deseo posible.



Cada quien ha tenido en un momento dado, una experiencia extraordinaria que será, a causa del recuerdo que de ella guarde, el obstáculo capital para su metamorfosis interior.

Si queremos recobrar nuestra libertad, lo que nos cuadra es deponer el fardo de la sensación. No reaccionar ya al mundo por medio de los sentidos, romper nuestros lazos. Empero, toda sensación es lazo. El placer tanto como el dolor, la alegría como la tristeza. Sólo se libera el espíritu que, puro de todo contubernio con seres u objetos, se ejerce en su vacuidad.



Retirarse a la felicidad es algo que la mayoría logra; la desdicha en cambio es insidiosa de otro modo ¿La habéis probado alguna vez? nunca os saciaréis de ella, la buscaréis con avidez y, preferentemente, allí donde no está, y la proyectaréis ahí pues, sin ella, todo os parecería inútil y sin brillo. Se encuentre donde se encuentre, expulsa el misterio y lo torna luminoso. Sabor y llave de las cosas, accidente y obsesión, capricho y necesidad, os hará amar la apariencia en lo que tiene de más potente, de más duradero y de más cierto, y os atará a ella para siempre, pues “intensa” por naturaleza, es como toda “intensidad”, servidumbre y sujeción. ¿cómo alzarse hasta el alma indiferente y nula, hasta el alma desligada? y ¿cómo conquistar la ausencia, la libertad de la ausencia? Nunca figurará esta libertad entre nuestras costumbres, como tampoco “el sueño del espíritu infinito”.



Frente a pensadores desprovistos de patetismo, de carácter y de intensidad, y que se modelan sobre las formas de su tiempo, se yerguen otros en los cuales se siente que, en cualquier momento en que hubieran aparecido, hubieran sido semejantes a sí mismos, despreocupados de su época, extrayendo sus pensamientos de su propio fondo, de la eternidad específica de sus taras... Prendados de su fatalidad, se asemejan a irrupciones, fulgores trágicos y solitarios, cercanos al apocalipsis y a la psiquiatría.



El espíritu en su ímpetu, procede de nuestras funciones comprometidas: Remonta su vuelo a medida que el vacío se dilata en nuestros órganos. Sólo es sano en nosotros aquello por lo que no somos específicamente nosotros mismos: son nuestros ascos los que nos individualizan; nuestras tristezas las que nos conceden un nombre; nuestras pérdidas las que nos hacen poseedores de nuestro yo. Sólo somos nosotros mismos por la suma de nuestros fracasos.

Todo fenómeno es una versión degradada de otro fenómeno más vasto: el tiempo, una tara de la eternidad; la historia, una tara del tiempo; la vida, tara también, de la materia.

¿Qué será entonces lo normal, lo sano? ¿acaso la eternidad? . Ella misma no es más que una debilidad de Dios.



Sin el dolor, bien lo vió el autor de la Voix Souterraine, no habría conciencia (.....) Para que la conciencia alcance una cierta intensidad, es necesario que el organismo sufra y que incluso se disgregue: la conciencia, en sus principios, es conciencia de los órganos.



Nuestros males físicos, más bien causas que reflejos de nuestros males espirituales, determinan nuestra visión de las cosas y deciden la dirección que tomarán nuestras ideas.



Me destruyo a mí mismo y así lo quiero; mientras tanto, en ese clima de asma que crean las convicciones, en un mundo de oprimidos, yo respiro; respiro a mi manera. ¿Quién sabe? Quizá un día conozca usted el placer de apuntar a una idea, disparar contra ella, verla yacente, y después volver a empezar este ejercicio con otra, con todas; este deseo de inclinarse sobre un ser, de desviarle de sus antiguos apetitos, de sus antiguos vicios, para imponerle otros nuevos, más nocivos, a fin de que perezca a causa de ellos; encarnizarse contra una época o contra una civilización, precipitarse sobre el tiempo y martirizar sus instantes; volverse después contra uno mismo, torturar vuestros recuerdos y vuestras ambiciones y, corroyendo vuestro propio aliento, tornar pestilente el aire para asfixiarse mejor... un día quizá conozca usted esta forma de libertad, esta forma de respiración que libera de sí mismo y de todo. Entonces podrá usted dedicarse a cualquier cosa sin adherirse a ello.



Esos momentos en que se desea estar absolutamente solo por que se está seguro de que, cara a cara con uno mismo, se sería capaz de encontrar verdades raras, únicas, inauditas; después la decepción y pronto la amargura, cuando se descubre que de esa soledad finalmente alcanzada nada sale, nada podía salir.

La única función de la memoria es ayudarnos a deplorar.

■
El espíritu desfondado por la lucidez.

■
Desear la gloria es preferir morir despreciado que olvidado.

■
Se está acabado, se es un muerto en vida, no cuando se deja de amar, sino de odiar. El odio conserva: en El, en su química, reside el "misterio" de la vida. Por algo es el mejor tónico, nunca encontrado, tolerado además por cualquier organismo, por débil que sea.

■
El sufrimiento te hace vivir el tiempo detalladamente, instante tras instante. ¡Es decir, si existe para tí!

Resbala sobre los otros, sobre los que no sufren; de este modo, es cierto que no viven en el tiempo, e incluso que no han vivido jamás.

■
Sueño con una lengua en la que las palabras, como los puños, rompiesen las mandíbulas.

■
El sentimiento de maldición lo conoce sólo aquél que sabe que lo experimentaría en el mismo corazón del paraíso.

■
No existe ningún medio de demostrar que es preferible ser que no ser.

■
Uno no destruye, sino que se destruye uno. Me he odiado en todos los objetos de mis odios, he imaginado milagros de aniquilamiento, he pulverizado mis horas, he experimentado las gangrenas del intelecto. Instrumento o método en un principio, el escepticismo ha acabado por instaurarse en mí, por llegar a ser mi fisiología, el destino de mi cuerpo, mi principio visceral, el mal del que no sé cómo curarme ni como perecer.

Me inclino —es demasiado cierto— hacia cosas desprovistas de oportunidad de triunfar o sobrevivir.

Sólo es sano en nosotros aquello por lo que no somos específicamente nosotros mismos: son nuestros ascos los que nos individualizan, nuestras tristezas las que nos conceden un nombre; nuestras pérdidas las que nos hacen poseedores de nuestro yo. Sólo somos nosotros mismos por la suma de nuestros fracasos.



Sólo se conversa provechosamente con los que han dejado de ser unos entusiastas, con los ex-ingenuos... finalmente tranquilizados han dado, por gusto o a la fuerza, el paso decisivo hacia el conocimiento, esa versión impersonal de la decepción.



Quien ha tenido frecuente contacto con los hombres y todavía se hace ilusiones sobre ellos, debería ser condenado a reencarnar para que aprenda a observar, a mirar, a ponerse al tanto.



Una obra está terminada cuando ya no podemos mejorarla, aunque sepamos que es insuficiente y que está incompleta.

Cuando nos sentimos tan excedidos que nos falta el valor de agregar una sola coma, aunque fuese indispensable. Lo que decide el grado de perfección de una obra, no es de ninguna manera una exigencia artística o una veracidad, es la fatiga y, más aún el fastidio.



A un estudiante que quería saber cuáles eran mis relaciones con el autor de Zaratustra, le respondí que había dejado de frecuentarlo desde hacía tiempo. ¿Por qué? Preguntó él. Porque lo encuentro demasiado Naif... Le reprocho sus arrebatos y hasta sus favores. Sólo demolió ídolos para reemplazarlos por otros. Un falso iconoclasta con sus visos de adolescente, y no sé qué virginidad, qué inocencia inherente a su carrera de solitario. No observó a los hombres más que de lejos. Si los hubiese mirado de cerca, nunca hubiese concebido ni pregonado al superhombre, visión extravagante, risible, grotesca, quimera o chifladura que sólo podía surgir en el espíritu de alguien que no tuvo tiempo de envejecer, de conocer el desapego, el largo tedio sereno. Mucho más cercano me es un Marco Aurelio. Ninguna duda por mi parte entre el lirismo del frenesí y la prosa de la aceptación: encuentro más consuelo, e incluso más esperanza cerca de un emperador fatigado que junto a un profeta fulgurante.

Hacer hincapié en un acto, aunque fuese incalificable, inventarse excrúpulos y atascarse en ellos, demuestra que todavía uno hace caso de sus semejantes, que gusta de torturarse a costa de ellos.

... No me tendré por liberado más que el día en que, a ejemplo de los asesinos y de los sabios, haya limpiado mi conciencia de todas las impurezas del remordimiento.



Estoy harto de ser yo y, sin embargo, rezo sin cesar a los dioses que me devuelven a mi mismo.



De la pasión de borrarse de no dejar huellas, es incapaz quien se apega a su nombre y a su obra, y, todavía más quien sueña con un nombre o una obra, el vacilante, en suma: ése, si se obstina en la salvación, no logrará, en el mejor de los casos, más que un atascamiento en el nirvana.



El grado de nuestra liberación se mide por la cantidad de empresas de las que nos hemos emancipado, tanto como por nuestra capacidad de convertir todo objeto en un no objeto. Pero nada significa hablar de liberación a partir de una humanidad apresurada que ha olvidado que no se podría reconquistar la vida ni gozar de ella sin haberla antes abolido.



Ignoro si es legítimo hablar del fin el hombre, pero estoy seguro de la caída de todas las ficciones en las que hemos vivido hasta la fecha.



A causa de la palabra, los hombres dan la ilusión de ser libres. Si hicieran mudos, lo que hacen, se les tomaría por robots. Al hablar se engañan a sí mismos, así como engañan a los demás: pregonando lo que van a hacer, ¿cómo se podría pensar que no son dueños de sus actos?



El mayor servicio que se le puede hacer a un autor es el de prohibirle trabajar durante un cierto tiempo. Tiranías de corta duración serán necesarias para obligarle a suspender toda actividad intelectual. La libertad de expresarse sin ninguna interrupción expone los talentos a un peligro mortal, pues los obliga a afanarse

más allá de sus recursos y les impide acumular sensaciones y experiencias. La libertad sin límites es un atentado contra el espíritu.



El espíritu tanto como el cuerpo, paga los gastos de la “vida intensa”. Maestros en el arte de pensar contra sí mismos, Nietzsche; Baudelaire; y Dostoievski, nos han enseñado a apostar por nuestros peligros, a ampliar la esfera de nuestros males, a adquirir existencia por la división de nuestro ser.



Apenas se ha comprendido todo, lo mejor sería reventar de golpe. ¿Qué es comprender? Lo que de veras se ha comprendido no puede expresarse en forma alguna y no puede transmitirse a nadie, ni siquiera a uno mismo, de suerte que uno muere ignorando la naturaleza exacta de su propio secreto.



La primera palabra que viene a la mente, apenas sale uno a la calle y se ve a la gente, es exterminación.



En cuanto se deja de desear, se convierte uno en ciudadano de todos los mundos y de ninguno; se es de aquí por el deseo; una vez superado el deseo, no se es ya de ninguna parte y ya no se tiene nada que envidiar a un santo o a un espectro.

Puede suceder que haya felicidad en el deseo, pero la beatitud no aparece más que allí donde se rompe toda la atadura. La beatitud no es compatible con este mundo.

Por ella el eremita destruye todos sus lazos, por ella se destruye.



Por desdicha, no podemos exterminar nuestros deseos; podemos solamente debilitarlos, comprometerlos. Estamos acorralados en el yo, en el veneno del “yo”.

Sólo cuando escapamos de ahí, cuando nos figuramos escapar, tenemos algún derecho a emplear las grandes palabras que usa la verdadera, y la falsa, mística. No existe conversión radical: se convierte uno con su naturaleza. Incluso el Buda tras la iluminación no era más que Siddhartha Gautama más el conocimiento.

Todo lo que se cree haber ahogado vuelve a salir a la superficie tras un cierto tiempo: defectos, vicios y obsesiones.

Las imperfecciones más patentes de las que se ha “corregido” uno retornan disfrazados, pero tan molestas como antes. El trabajo que se habrá tomado uno para deshacerse de ellas no habrá sido, empero, completamente inútil. Tal deseo, alejado durante mucho tiempo, vuelve a aparecer; pero sabemos que ha vuelto; ya no nos lacera en secreto ni nos coge desprevenidos; nos domina, nos avasalla, seguimos siendo sus esclavos, es cierto, pero esclavos que consienten. Toda sensación consciente es una sensación que hemos combatido sin éxito. Nos aflige de otro modo, pues su victoria la habrá expulsado de nuestra vida profunda.



Sabiduría y rebelión: dos venenos, incapaces de asimilar ingenuamente, no encontramos en ninguna de las dos una fórmula de salvación. Sigue siendo cierto que en la aventura luciferina hemos adquirido una maestría que nunca poseemos en la sabiduría. Para nosotros la misma percepción es sublevación, comienzo de trance o de apoplejía. Pérdida de energía, voluntad de gastar nuestras disponibilidades. Rebelarse por cualquier motivo comporta una reverencia contra uno mismo, contra sus fuerzas. ¿De dónde sacaríamos para la contemplación ese derroche estático, esa concentración en la inmovilidad? Dejar las cosas tal como están, mirarlas sin querer modelarlas, percibir su esencia, nada más hostil a la dirección de nuestro pensamiento; aspiramos por el contrario, a zarandearlas, a torturarlas, a prestarle nuestros furores. Así debe ser: idólatras del gesto, del juego y del delirio gustamos de los que arriesgan el todo por el todo tanto en poesía como en filosofía. El tao—te kin va más lejos que una “temporada en el infierno”. O Ecce Homo. Pero Lao—Tse no nos propone ningún vértigo, en tanto que Rimbaud y Nietzsche, acróbatas que se contorsionan en el punto externo de sí mismos, nos invitan a sus peligros. Sólo nos seducen los espíritus que se han destruido por haber querido dar un sentido a sus vidas.



Uno se duerme siempre con un indefinible contentamiento, se sumerge uno en el sueño y se es feliz al undirse en él, si se despierta uno a duras penas es porque no se abandona sin dolor al ámbito del inconsciente, verdadero y único paraíso. Lo mismo resulta decir que el hombre sólo encuentra su plenitud cuando deja de ser hombre.

Lo peor no son ni el hastío ni la desesperación, sino su encuentro, su choque, y verse triturado entre ambos. “El pensamiento es destrucción en su esencia”. Más exactamente: en su principio se piensa, se comienza a pensar, para romper lazos, disociar afinidades, comprometer la armazón de lo “real” sólo después, cuando el trabajo de zapa está ya muy avanzado, el pensamiento se apoltrona y se insurge contra su movimiento natural.



Sólo merece confianza quien se constriñe a perder la partida: si lo logra, habrá matado el monstruo, el monstruo que él era en tanto que se empeñaba en actuar, en triunfar. No progresamos más que en detrimento de nuestra pureza, esa suma de nuestros retrocesos sostenidos, atravesados por un impulso hacia la mancha, nuestros actos nos apartan del paraíso fortifican nuestra decadencia, nuestra difelidad al mundo: no hay movimiento hacia adelante que no excite y consolide en nosotros la antigua perversión de existir.

Expulsar los seres no basta, hay también que expulsar a las cosas, execrarlas y abolirlas una a una. Para recobrar nuestra primera ausencia sigamos en sentido inverso nuestras cosmogonias y ya que nos falta el pudor de morir, aniquilemos al menos todo rostro en nosotros de este mundo y hasta el último recuerdo de lo que fuimos. ¡Que un Dios nos conceda la fuerza de apartarnos de todo y de traicionarlo todo, la audacia de una cobardía sin nombre!



Quando se execra esta sarna llamada vida, y se está harto de las comezons de la duración, la firmeza del loco en medio de todos sus agobios llega a ser una tentación y un modelo: ‘que una suerte clemente nos dispense de nuestra razón’. ...Aspiro a las noches del idiota, a sus sufrimientos minerales a la dicha de gemir con indiferencia, como si fueran los gemidos de otro, a un calvario en donde se es extraño a uno mismo, donde los gritos propios vienen de otra parte, a un infierno anónimo donde se baila y se ríe mientras se destruye uno. Vivir y morir en tercera persona exilarme en mi mismo, disociarme de mi nombre, distraído por siempre del que fui... alcanzar finalmente —puesto que la vida sólo es tolerable a ese precio— —la sabiduría de la demencia—.

Limpiemos la conciencia de todo lo que engloba, de todos los universos que arrastra, purguémosla al mismo tiempo que la percepción, confirmémonos en el blanco, olvidemos todos los colores, salvo el que los niega. ¡Qué paz en cuanto se anula la diversidad, en cuanto se hurta al calvario del matiz y se precipita en lo unitario! La conciencia como forma pura, y después la ausencia incluso de conciencia.

Para evadirnos de lo intolerable, busquémosnos un derivativo, un escape, una región en la que ninguna sensación se digne tomar un nombre ni ningún apetito se encarne, recobremos el reposo inicial, hagamos abolir, con el pasado, la odiosa memoria y, sobre todo, la conciencia, nuestra enemiga de siempre, cuya misión es empobrecer, gastarnos. La inconsciencia, por el contrario, es nutritiva, fortifica, nos hace participar en nuestros comienzos, en nuestra integridad, primitiva, y nos vuelve a sumergir en el caos bienhechor a la herida de la individuación.

■
Voluptuoso del fracaso, busca en todo su propia mengua, nunca supera los preliminares de su futuro ni franquea el umbral de ninguna empresa. Rivalizando en abulia con los ángeles, medita sobre el secreto del acto y no toma más que una iniciativa: la del abandono. Su fe, si la tiene, le sirve de pretexto para nuevas capitulaciones, para una degradación vislumbrada y deseada: se desploma en Dios.... ¿Que reflexiona sobre el "misterio"? Es para hacer ver a los otros hasta donde lleva la indignidad. Habita sus convicciones como el gusano el fruto; cae con ellas y sólo se repone para soliviantar contra sí las tristezas que le quedan. Si ahoga sus dones es porque, con todas sus fuerzas, ama su cansancio; avanza hacia su pasado, desanda el camino en nombre de sus talentos.

■
El ideal sería perder, sin sufrir por ello el gusto por los seres y las cosas. Cada día nos haría falta honrar a alguien, criatura u objeto, renunciando a él. Llegaríamos así, tras recorrer las apariencias y despedirlas una tras otra, el perpetuo desistimiento, el secreto mismo de la alegría. Todo lo que nos apropiamos, los conocimientos aún más que las adquisiciones materiales, no hace más que alimentar nuestra ansiedad; ¡A cambio, que quietud, que resplandor cuando se apacigua esta búsqueda desenfrenada de bienes, incluso espirituales!. Ya es grave decir "Yo", más grave aún decir "mío" pues eso supone un suplemento de desplome, un

refuerzo de nuestro enfeudamiento al mundo. Es un consuelo la idea de que no se posee nada, de que no se es nada; el consuelo supremo reside en la victoria sobre esa misma idea.



No hay obra que no se vuelva contra su autor: el poema aplastará al poeta, el sistema al filósofo, el acontecimiento al hombre de acción. Se destruye cualquiera que respondiendo a su vocación y cumpliéndola, se agita en el interior de la historia; sólo se salva quien sacrifica dones y talentos para que, liberado de su condición de hombre, pueda reposarse en el ser. Si aspiro a una carrera metafísica, no puedo a ningún precio guardar mi identidad; debo liquidar hasta el menor residuo que me quede de ella; mas si, por el contrario, me aventuro en un papel histórico, la tarea que me incumbe es exasperar mis facultades hasta que estalle con ellas. Siempre se parece por el yo que se asume; llevar un nombre es reivindicar un modo exacto de hundimiento.



El sabio, es algo que el Oriente ha sabido siempre, se rehusa a hacer planes, no proyecta nunca. Tú serías, pues, una especie de sabio. En verdad, algunos proyectos sí que haces, pero te repugna ejecutarlos. Cuanto más meditas uno, más, cuando lo abandonas, experimentas un bienestar que puede alzarse hasta el éxtasis.

Todo mundo vive en y del proyecto, consecuencia del no saber: obnubilación metafísica que alcanza las dimensiones de la especie. Para el que no está obnubilado, el futuro y, con mayor razón aún, todo acto que se incerte en él, no es más que engaño, espejismo generador de asco y de espanto.

Lo que importa no es producir, sino comprender. Y comprender significa discernir el grado de despertar al que un ser ha llegado, su capacidad de percibir la suma de irrealidad que entra en cada fenómeno.

El “perro celestial”

No puede saberse lo que un hombre debe perder por tener el valor de pisotear todas las convenciones, no puede saberse lo que Diógenes ha perdido por llegar a ser el hombre que se le permite todo, que ha traducido en actos sus pensamientos más íntimos con una insolencia sobrenatural como lo haría un dios del conocimiento, a la vez libidinoso y puro. Nadie fue más franco; caso límite de sinceridad y lucidez al mismo tiempo que ejemplo de lo que podríamos llegar a ser si la educación y la hipocresía no refrenasen nuestros deseos y nuestros gestos.

“Un día un hombre le hizo entrar en su casa ricamente amueblada y le dijo: ‘sobre todo no escupas en el suelo’. Diógenes, que tenía ganas de escupir, le lanzó el lapo a la cara, gritándole que era el único sitio sucio que había encontrado para poder hacerlo”. (Diógenes Laercio).

¿Quién, después de haber sido recibido por un rico, no ha lamentado no disponer de océanos de saliva para verterlas sobre todos los propietarios de la tierra? Y ¿quién no ha vuelto a tragarse su pequeño escupitazo por miedo a lanzarlo a la cara de un ladrón respetado y barrigón?

Somos todos ridículamente prudentes y tímidos: el cinismo no se aprende en la escuela. El orgullo tampoco.

“Menipo, en su libro titulado La virtud de Diógenes, cuenta que fue hecho prisionero y vendido y que le preguntaron qué sabía hacer. Respondió: “Mandar”, y gritó al heraldo: ‘Pregunta quién quiere comprar un amo’”.

El hombre que se enfrentaba con Alejandro y con Platón, que se masturbaba en la plaza pública (“Plugiére al cielo que bastase también frotarse el vientre para no tener ya hambre”), el hombre del célebre tonel y de la famosa linterna, y que en su juventud fue falsificador de moneda (¿hay dignidad más hermosa para un cínico?), ¿qué experiencia debió tener de sus semejantes? Ciertamente la de

todos nosotros, pero con la diferencia de que el hombre fue el único tema de su reflexión y de su desprecio. Sin sufrir las falsificaciones de ninguna moral ni de ninguna metafísica, se dedicó a desnudarle para mostrárnosle más despojado y más abominable que lo hicieron las comedias y los apocalipsis.

“Sócrates enloquecido”, le llamaba Platón. “Sócrates sincero”; así debía haberle llamado. Sócrates renunciando al Bien, a las fórmulas y a la ciudad, convertido al fin en psicólogo únicamente. Pero Sócrates —incluso sublime— es aún convencional; permanece siendo maestro, modelo edificante. Solo Diógenes no propone nada; el fondo de su actitud y la esencia del cinismo, está determinado por un horror testicular del ridículo de ser hombre.

El pensador que reflexiona sin ilusión sobre la realidad humana, si quiere permanecer en el interior del mundo y elimina la mística como escapatoria, desemboca en una visión en la que se mezclan la sabiduría, la amargura y la farsa; y, si escoge la plaza pública como espacio de su soledad, despliega su facundia burlándose de sus “semejantes” o paseando su asco, asco que hoy, con el cristianismo y la policía, no podríamos ya permitirnos. Dos mil años de sermones y de códigos han endulcorado nuestra hiel; por otra parte, en un mundo con prisas, ¿quién se detendría para responder a nuestras insolencias o para deleitarse con nuestros ladridos?

Que el mayor conocedor de los humanos haya sido motejado de perro, prueba que en ninguna época el hombre ha tenido el valor de aceptar su verdadera imagen y que siempre ha reprobado las verdades sin miramientos. Diógenes ha suprimido en él la fachenda. ¡Que mostruo a los ojos de los otros! Para tener un lugar honorable en la filosofía, hay que ser comediente, respetar el juego de las ideas y excitarse con falsos problemas. En ningún caso el hombre tal cual es, debe ser vuestra tarea. Siempre según Diógenes Laercio:

“En los juegos olímpicos, habiendo proclamado el heraldo: ‘Dioxipo ha vencido a los hombres’, Diógenes respondió: ‘Sólo ha vencido esclavos, los hombres son asunto mío’ ”.

Y, en efecto, los venció como ningún otro, con armas más terribles que las de los conquistadores; él, que no poseía más que una alforja, el menos propietario de los mendigos, verdadero santo de la risotada.

Tenemos que agradecer el azar que le hizo nacer antes de la llegada de la Cruz. ¿Quién sabe si, ingertada en su desapego, una malsana tentación de aventura extrahumana le hubiera inducido a llegar a ser un asceta cualquiera, canonizado más tarde y perdido en la masa de los bienaventurados y del calendario? Entonces es cuando se hubiera vuelto loco, él, el ser más profundamente normal, porque estaba alejado de toda enseñanza y toda doctrina. Fue el único que nos reveló el rostro repugnante del hombre. Los méritos del cinismo fueron empañados y pisoteados por una religión enemiga de la evidencia. Pero ha llegado el momento de oponer a las verdades del hijo de dios las de este "perro celestial", como le llamó un poeta de su tiempo.

LA PARTE DE LAS COSAS

Se necesita una considerable dosis de inconsciencia para entregarse sin reservas a cualquier cosa. Los creyentes, los enamorados, los discípulos no perciben más que un rostro de sus deidades, de sus ídolos, de sus maestros. El ferviente permanece ineluctablemente en la ingenuidad. ¿Hay sentimiento puro donde la mezcla de gracia e imbecilidad no se traicione, y admiración beata sin eclipse de la inteligencia? Quien entrevé simultáneamente todos los aspectos de alguien o de algo permanece por siempre indeciso entre el arrebató y el estupor. Diseca cualquier creencia: ¡que gala del corazón y, debajo, cuanta ignominia. Es lo infinito soñado en una alcantarilla y que conserva, imborrables, su huella y su hedor. Hay un notario en cada santo, un tendero en todo héroe, un portero en el mártir. En el fondo de los suspiros se esconde una mueca; a los sacrificios y a las oraciones se mezclan los vapores del burdel terrestre. Tomemos el amor: ¿Hay expansión más noble, arrebató menos sospechoso? Sus estremecimientos compiten con la música, rivalizan con las lágrimas de la soledad y del éxtasis: es lo sublime, pero de una sublimidad inseparable de las vías urinarias: transportes vecinos a la excreción, cielo de las glándulas, santidad súbita de los orificios.... Basta un momento de atención para que esa embriaguez, conmocionada, os arroje en las inmundicias de la fisiología, o un instante de fatiga para constatar que tanto ardor no produce más que una variedad de moco. El estado de vigilia altera el sabor de nuestros ahorros y transforma a quien los sufre en un visionario pisoteando pretextos inefables. No se puede amar y conocer al mismo tiempo, so pena de que el amor padezca y expire bajo la mirada del espíritu. Husmead en vuestras admiraciones, escrutad a los beneficiarios de vuestro culto y a los que se aprovechan de vuestros abandonos: bajo sus pensamientos más desinteresados descubriréis el amor propio, el aguijón de la gloria, la sed de dominio y de poder. Todos los pensadores son fracasados de la acción que se vengan de su fracaso por medio de conceptos. Nacidos más acá de los actos, los exhaltan o los menosprecian, según aspiren al agradecimiento de los hombres o a la otra forma de gloria: su odio; elevan indebidamente sus propias deficiencias, sus propias miserias, al rango de leyes, su futilidad a nivel de principios.

El pensamiento es una mentira, como el amor o la fe. Pues las verdades son fraudes y las pasiones, olores; y a fin de cuentas la elección está entre el que miente y el que hiede.

INVOCACION AL INSOMNIO

Tenía yo diecisiete años y creía en la filosofía. Lo que no se refería a ella me parecía pecado o basura: ¿Los poetas? saltimbanquis aptos para la diversión de mujercuelas; ¿La acción? imbecilidad delirante; ¿El amor, la muerte? , pretextos de baja estofa que se rehusaban al honor de los conceptos. Olor nauseabundo de un universo indigno del perfume del espíritu... Lo concreto, ¡qué mancha! , alegrarse o sufrir, ¡qué vergüenza! sólo la abstracción me parecía palpar me entregaba a hazañas ancilares por miedo de que un objeto más noble me hiciera infringir mis principios y me entregase a las zozobras del corazón. Me repetía: sólo el burdel es compatible con la metafísica; y acechaba —para huir de la poesía— los ojos de las criaditas y los suspiros de las fulanas.

... Hasta que viniste tú, insomnio, a sacudir mi carne y mi orgullo; tú que transformas al bruto juvenil, matizas sus instintos, avivas sus sueños; tú que, en una sola noche, dispensas más saber que lo días consumados en el reposo, y, en los párpados doloridos, descubres un suceso más importante que las enfermedades sin nombre o los desastres del tiempo ! tú me permitiste escuchar el ronquido de la salud, los humanos sumergidos en el olvido sonoro, mientras que mi soledad englobaba la negrura circundante y se hacía más basta que él. Todo dormí, todo dormía para siempre. No más aurora: velaré así para siempre hasta el fin de las edades: se me esperará entonces para pedirme cuentas del espacio en blanco de mis sueños... Cada noche era igual a las otras, cada noche era eterna. Y me sentía solidario de todos los que no pueden dormir, de todos esos hermanos desconocidos. Como los viciosos y los fanáticos, yo tenía un secreto; como ellos hubiera constituido un clan, a quien excusarlo todo, darlo todo, sacrificarlo todo; el clan de los insomnes. Atribuía yo genio al primer llegado con párpados pesados de fatiga, y no admiraba a ningún ingenio que pudiera dormir, aunque fuese gloria del estado, del arte o de las letras. Hubiera tributado culto a un tirano que —para vengarse de sus noches— hubiera prohibido el reposo, castigado el olvido, legislado la desdicha y la fiebre.

Y fue entonces cuando apelé a la filosofía: pero no hay idea que consuele en la oscuridad, no hay sistema que resista las vigili­as. Los análisis del insomnio deshacen las certezas. Cansado de tal destrucción, llegaba a decirme: no más dudas: dormir o morir..., reconquistar el sueño o desaparecer...

Pero tal conquista no es fácil: cuando uno se acerca a ella, se da cuenta de hasta que punto está marcado por las noches. Si amáis, vuestro ímpetu estará corrompido para siempre; saldréis de cada "éxtasis" como un espanto de delicias; a las miradas de vuestra excesivamente próxima vecina mostraréis un rostro de criminal; a sus sinceros retozos responderéis con las irritaciones de una voluptuosidad envenenada; a su inocencia, con una poesía de culpable, pues todo se os volverá poesía, pero una poesía de la culpa... ¿Ideas cristalinas, engranaje feliz de pensamientos? Ya no pensaréis más: advendrá una irrupción, una lava de conceptos, sin consistencia ni acuerdo, conceptos vomitados, agresivos, salidos de las entrañas, castigos que la carne se inflige a si misma, pues el espíritu permanece víctima de los humores y fuera de cuestión...

Padeceréis por todo, y desmesuradamente; las brisas os parecerán borrascas; los roces, puñales; las sonrisas, bofetadas; las bagatelas, cataclismos. Y es que las vigili­as pueden cesar; pero su luz perdura en uno: no se ve impunemente en las tinieblas, no se extrae de ello enseñanza sin peligro; hay ojos que jamás podrán ya aprender nada del sol, y almas enfermas de noches de las que nunca curarán...

Entre la poesía y la esperanza, la incompatibilidad es completa; de este modo el poeta es víctima de una ardiente descomposición. ¿Quién se atrevería a preguntarle como ha experimentado la vida, cuando ha vivido gracias a la muerte? Cuando sucumbe a la tentación de felicidad, pertenece a la comedia... Pero si por el contrario, de sus llagas brotan llamaradas, y canta a la felicidad. Esa incandescencia voluptuosa de la desdicha se sustrae al matiz de vulgaridad inherente a todo acento positivo. Es Holderlin refugiándose en una Grecia soñada y transfigurando el amor en embriagueces más puras, en las de la irrealidad... El poeta sería un tráfuga odioso de la realidad si en su huida no llevase consigo su desdicha. Al contrario del místico o el sabio, no sabría escapar a si mismo ni evadirse del centro de su propia obsesión: incluso sus extasis son incurables, y signos premonitorios de desastres. Inepto para salvarse, para él todo es posible, salvo su vida...

.....

En ésto reconozco a un verdadero poeta: frecuentándole, viviendo largo tiempo en la intimidad de su obra, algo se modifica en mí: no tanto mis inclinaciones o mis gustos como mi misma sangre, como si una dolencia sutil se hubiera introducido en ella para alterar su curso, su espesor y su calidad. Valery o Stefan George nos dejan allí donde le abordamos o nos vuelven más exigentes en el plano formal del espíritu: son genios de los que no sentimos necesidad, solo son artistas, pero un Shelly, pero un Baudelaire, pero un Rilke intervienen en lo más profundo de nuestro organismo que se los apropia como lo haría con un vicio. En su proximidad un cuerpo se fortifica, y luego se ablanda y se desagrega. *Pues el poeta es un agente de destrucción, un virus, una enfermedad disfrazada y el peligro más grave, aunque maravillosamente impreciso, para nuestros glóbulos rojos. ¿Vivir en su territorio? es sentir adelgazarse la sangre, es soñar un paraíso de la anemia, y oír, en las venas el fluir de las lágrimas*

De la negativa a procrear.

Aquel que habiendo gastado sus apetitos se acerca a una forma límite de desapego, no quiere ya perpetuarse; detesta sobrevivirse en otro, al cual por otra parte no tiene nada que transmitir; la especie la espanta. Es un monstruo y los monstruos ya no engendran. El "Amor" le cautiva aún: aberración entre sus pensamientos. Busca un pretexto para volver a la condición común; pero el hijo le parece inconcebible, como la familia, la herencia, las leyes de la naturaleza. Sin profesión ni progenie, cumple su última hipóstasis su propio acabamiento. . . .

El odio de la "especie" y su "genio" os emparenta con los asesinos; con los dementes, con las divinidades y con todos los grandes estériles. A partir de un cierto grado de soledad, sería preciso dejar de amar y de cometer la fascinante mancilla de la cópula. Quien a todo precio quiere perpetuarse apenas se distingue del perro: todavía es naturaleza; no comprenderá jamás que se pueda sufrir. El Imperio de los instintos y rebelarse contra ellos, gozar de las ventajas de la especie y despreciarlas: un fin de raza, con apetitos... Ahí está el conflicto de quien adora y abomina a la mujer, supremamente indeciso entre la atracción y el asco que le inspira. Por eso-no logrando renegar totalmente de la especie-Resuelve ese conflicto soñando, sobre los senos con el desierto y mezclando un perfume claustral al vaho de sudores demasiado concretos.

Las insinceridades de la carne le aproximan a los santos.

Filosofía y prostitución.

El filósofo, de vuelta a los sistemas y las supersticiones, pero perseverante aún en los caminos del mundo, debería imitar el pirronismo de acerca del que hace gala la criatura menos dogmática: la mujer pública. Desprendida de todo y abierta a todo; compartiendo el humor y las ideas del cliente; cambiando de tono y de rostro en cada ocasión; dispuesta a ser triste o alegre, permaneciendo indiferente; prodigando los suspiros por interés comercial; lanzando sobre los esfuerzos de su vecino superpuesto y sincero una mirada lúcida y falsa, propone al espíritu un modelo de comportamiento que rivaliza con el de los sabios. Carecer de convicciones respectó a los hombres y a uno mismo: tal es la elevada enseñanza de la prostitución, academia ambulante de lucidez, al margen de la sociedad, como la filosofía. “Todo lo que sé, lo he aprendido en la escuela de las fulanas”, debería exclamar el pensador que lo acepta todo y lo niega todo, cuando, a ejemplo suyo, se ha especializado en la sonrisa fatigada, cuando los hombres no son para él sino clientes, y las aceras del mundo, en el mercado donde vende su amargura, como sus compañeras su cuerpo.

Tras tanta impostura y tanto fraude, es reconfortante contemplar a un mendigo. El, al menos, ni miente ni se miente: su doctrina, si la tiene, la encarna él mismo; no le gusta el trabajo y lo prueba; como no desea poseer nada, cultiva su desprendimiento, condición de su libertad su pensamiento condición de su libertad. Su pensamiento se resuelve en su ser y su ser en su pensamiento. Está falto de todo, es él mismo, dura. Estar a la altura de la eternidad es también vivir al día. De este modo, para él, los otros están encerrados en la ilusión. Ciertamente que depende de ellos, pero se venga estudiándolos, especializado como está en los transformados de los sentimientos "nobles". Su pereza de una rara calidad hace de él un auténtico "liberado", perdido en un mundo de bobos y engañados. Sobre la renuncia, sabe mucho más que numerosas de vuestras obras esotéricas. Para convencerlos, no tenéis más que echarlos a la calle... ¡Pero no! preferís los textos que preconizan la mendicidad. Ya que ninguna consecuencia práctica acompaña vuestras meditaciones, no es de extrañar que el último de los pordioseros valga más que vosotros. ¿Es concebible el Buda fiel a sus verdades y a su palacio? no se es "liberado vivo" y propietario. Me rebeo contra la generalización de la mentira, contra los que exhiben su pretendida "salvación" y la apuntalan con una doctrina que no emana de sus profundidades. Desenmascararlos, hacerlos descender del pedestal en el que se han izado, ponerlos en la picota, es una campaña a la que nadie debería permanecer indiferente, pues a todo precio, es preciso impedir a los que tienen demasiada buena conciencia vivir y morir en paz.

Según Casiano Evagro y San Nilo, no hay demonio más temible que el de la acedia. El monje que sucumbe a ella será su presa hasta el fin de sus días.

Pegado a la ventana mirará hacia el exterior, esperará visita, no importa cuales, para charlar, para darse al olvido.

Despojarse de todo y descubrir después que uno se había equivocado de camino, hastiarse en la soledad y no poder abandonarla.

Por un eremita que ha triunfado, hay mil que han fracasado. A estos vencidos, a esos caídos convencidos de la ineficacia de sus oraciones, se esperaba volver a levantarlos, por el canto se les imponía la exultación, la disciplina de la alegría.

Víctimas del demonio, ¿Cómo habrían de poder elevar sus voces y hacia quién? Alejados por igual de la gracia y del siglo, pasaban horas comparando su esterilidad con la del desierto, con la imagen material de su vacío.

Pegado a mi ventana. ¿A qué compararía mi esterilidad sino a la ciudad? Sin embargo, el otro desierto, el verdadero me obsesiona. ¡No poder irme a él y olvidar allí el olor del hombre! vecino de Dios olfatearía su desolación y su eternidad con la que sueño en los instantes en que se despierta en mi el recuerdo de una celda lejana. En una vida anterior ¿Qué convento habré abandonado, traicionado? Mis oraciones inacabadas, abandonadas, entonces prosiguen ahora, mientras que en mi cerebro no sé qué cielo se hace y se deshace.

Los eremitas de los primeros siglos nos servirán, una vez más de ejemplo. Nos enseñarán cómo, para alzar nuestro nivel psíquico, debemos mantener un conflicto permanente con nosotros mismos. Con justicia les llamó un Padre de la Iglesia "atletas del desierto". Fueron combatientes de lo que difícilmente imaginamos el estado de tensión, el encarnizamiento contra sí mismos, las luchas. Había algunos que segregaban hasta setecientas oraciones por día; tras cada una de ellas, para contarlas, algunos dejaban caer un guijarro... aritmética demente que me hace admirar en ellos un orgullo sin igual. No eran precisamente alfeñiques, esos obsesos enfrentados con lo que tenían de más querido: sus tentaciones. Viviendo en función de ellas, las exacerbaban para tener algo contra lo que luchar. Sus descripciones del "deseo" comportan tal violencia de tono que nos irritan los sentidos y nos hacen experimentar un estremecimiento que ningún autor libertino logra inspirarnos.

Eran especialistas en glorificar "la carne" en sentido inverso si les fascinaba hasta tal punto ¡que mérito tienen por haber combatido sus atractivos! Fueron titanes, más desenfrenados, más perversos que los de la misma mitología, pues éstos para acumular energía, no hubieran podido, sin simplismo, concebir los beneficios del horror a sí mismo.

Dado que nuestros sufrimientos naturales, no provocados son demasiado incompletos, suele sucedernos el aumentarlos, intensificarlos y crearnos otros artificiales.

Entregada a sí misma, la carne nos encierra en un horizonte reducido. Por poco que lo sometemos a tortura, agudiza nuestras percepciones y ensancha nuestras perspectivas: el espíritu es el resultado de los suplicios que padece o que se inflige a sí misma. Los anacoretas sabían remediar la insuficiencia de sus males...

Tras haber combatido el mundo, les era preciso entrar en guerra consigo mismos ¡Menuda tranquilidad para sus prójimos! ¿acaso nuestra ferocidad no viene provocada porque nuestros instintos están demasiado atentos al otro?

Si nos inclinamos más tarde sobre nosotros mismos, y nos convertimos en el centro y el objeto de nuestras inclinaciones asesinas, la suma total de intolerancias disminuiría.

Nunca se podrá calcular el número de horrores que el monacato primitivo ahorró a la humanidad. Si todos esos eremitas hubiesen permanecido en el siglo, ¡cuantos escesos no habría cometido! Por fortuna para su época tuvieron la inspiración de ejercer su crueldad contra sí mismos.

Si queremos que nuestras costumbres se dulcifiquen, nos hará falta aprender a volver nuestras garras contra nosotros mismos, a aprovechar la técnica del desierto.

Es un signo de indigencia no poder abrirse al vacío purificador, al vacío apaciguador. Estamos tan bajo y tan encallados en nuestras filosofías que no hemos podido concebir más que la nada, versión sórdida del vacío. Todas nuestras incertidumbres, todas nuestras miserias y nuestros terrores, las hemos proyectado ahí, pues ¿qué es en definitiva la nada sino un complemento abstracto del infierno, un logro de reprobos, el máximo esfuerzo hacia la lucidez que pueden realizar seres ineptos para la liberación? Demasiado manchada de nuestras impurezas para que nos permita saltar hacia un concepto vírgen como lo es para nosotros, el de vacío (que ni es heredero del infierno ni está contaminado por él); la nada, en verdad, no representa más que un extremo estéril, una salida desencaminada, vagamente fúnebre, muy próxima de esas tentativas de renunciamento que terminan por agriarse porque se mezclan demasiados remordimientos.

El vacío es la nada desprovista de sus calificaciones negativas, la nada transfigurada. Si llegamos a probarlo, nuestras relaciones con el mundo se encuentran modificadas, algo cambia en nosotros, aunque guardamos nuestros antiguos defectos pero no somos ya de aquí de la misma manera que antes. Por eso es saludable recurrir al vacío en nuestras crisis de furor; nuestros peores impulsos se embotan al contacto con él. Sin él, ¿quién sabe?, quizá estuviésemos ahora en el penal o con la camisa de fuerza. La lección de abdicación que nos dispensa nos invita también a un comportamiento más matizado frente a nuestros denigradores, a nuestros enemigos. ¿Hay que matarlos o hay que perdonarlos? ¿Qué hace más daño, que roe más: la venganza o la victoria sobre la venganza? ¿Cómo resolverlos? En la incertidumbre preferimos el suplicio de no vengarnos.

Tal es la concesión límite que puede hacerse si no se es un santo.

Fragmentos del retrato del civilizado.

Si se trabaja para la conservación de otro, nunca será para salvarlo, sino para obligarlo a sufrir como uno, para que se someta a las mismas pruebas y los atravesese con la misma impaciencia. Si se vela, se ora, se padece mortificaciones, que también el otro haga lo mismo: que suspire, que clame, que se debata en medio de las mismas torturas. La intolerancia es el patrimonio de espíritus estragado cuya fe se reduce a un suplicio más o menos deliberado que quisieran ver generalizado, instituido como la felicidad de los demás no ha sido nunca un móvil ni un principio de acción, sólo se la invoca para tranquilizar la conciencia o escudarse en nobles pretextos: cualquiera sea el acto al que uno se determina, el impulso que lo provoca y que precipita su ejecución es casi siempre inconfesable. Nadie salva a nadie; sólo nos salvamos a nosotros mismos, y ello, en la medida en que se disfrace de convicciones el mal que queremos distribuir y prodigar, por prestigiosas que sean las apariencias, el proselitismo no deja de derivar de una generosidad dudosa, de peores efectos que una agresividad patente. Nadie está dispuesto a soportar sólo la disciplina que sin embargo ha asumido ni el yugo al cual se ha sometido la revancha se abre paso a través de la alegría del misionero y del apóstol. Nadie se dedica a convertir para liberar, sino para encadenar.

En cuanto alguien se deja ganar por una certidumbre, envidia nuestras opiniones flotantes, nuestras resistencias y los dogmas o a los slogans, nuestra feliz incapacidad para someternos a ellos. Secretamente avergonzado de pertenecer a una secta o un partido, de poseer una verdad y de haberse a ella no guardara rencor a sus enemigos declarados, a los que poseen otra verdad, sino al culpable de no buscar ninguna, al indiferente. Si, para huir de la esclavitud en la que aquel ha caído, buscamos refugio en el capricho o en la aproximación, hará lo posible para impedirlo, para obligarnos a una esclavitud, similar y si es posible idéntica a la suya. El fenómeno es tan universal que sobrepasa el campo de la certidumbre para englobar también el de la forma. Las letras como es lógico, nos proporcionan un penoso ejemplo ¿que escritor que goce de cierta notoriedad no termina por sufrir con ello, por experimentar el malestar de que se lo conozca o comprenda, detener un público, por restringido que sea? Envidioso de sus amigos que se solazan en el bienestar de la oscuridad, se esforzara por sacarlos de ella, por perturbar su pacífi-

co orgullo, a fin de que ellos también sufran las mortificaciones y las ansiedades del éxito. Para obtener ésto, cualquier maniobra le parecerá legítima. Desde ese momento, sus vidas se convertirán en una pesadilla. Los acosa, los incita a producir y a exhibirse, contaría su aspiración a una gloria clandestina, sueño supremo de los débiles y de los abúlicos. Escribid, pulbicad, les repite con rabia, con impudor. Los infelices obedecen sin sospechar lo que los espera.

Si estuviéramos en condiciones de liberarnos de los deseos, simultáneamente nos libraríamos del destino; superiores a los seres, a las cosas, y a nosotros mismos, reacios y amalgamarnos demasiado con el mundo, con el sacrificio de nuestra identidad accederíamos a la libertad, inseparable de la marcha hacia el anonimato y la abdicación “ ¡Soy nadie, he vencido a mi nombre! ” exclama aquél que no quiere rebajarse a dejar huellas y tratar de adoptarse al consejo de Epicuro. “Esconde tu vida”. Siempre recurrimos a los antiguos cuando se trata del arte de vivir, cuyo secreto hemos perdido después de dos mil años de sobre naturaleza y de caridad compulsiva. Volvemos a ellos, a su ponderación y a su amenidad, en cuanto disminuye ese frenesí a un retroceso hacia la salud y también volvemos a ellos porque como el intervalo que lo separa del universo es más vasto que el universo mismo, nos proponen una forma de desapego que en vano buscaríamos en los santos...].

La civilización nos enseña como apoderarnos de las cosas cuando por el contrario, debería iniciarnos en el arte de desprendernos de ellas, pues no hay libertad ni “verdadera vida” sin el aprendizaje del desprendimiento. Me apodero de un objeto, me considero su dueño; de hecho soy su esclavo; esclavo también del instrumento que fabrico y manejo. No hay nueva adquisición que no signifique una cadena más, mi factor de poder que no sea causa de debilidad. Hasta nuestros dones contribuyen a nuestro sometimiento; el espíritu que se eleva por encima de los demás, es menos libre que ellos, los hace volver a costa de su salvación. Nadie se libera si se compromete a ser algo o alguien. Todo lo que poseemos, todo lo que se superpone a nuestro ser o procede de él, nos desnaturaliza y nos ahoga. En cuanto a nuestro propio ser, ¡que error, que herida haberle otorgado la existencia, cuando hubiésemos podido, intactos, perseverar en lo virtual y lo invulnerable! nadie se repone del mal de nacer, plaza capital por excelencia. Sin embargo, con la esperanza de curarnos de ella, aceptamos la vida y soportamos sus pruebas. Los años pasan, la plaza permanece.

Del ensayo: Valery de cara a sus ídolos.

Saber mostrar el mecanismo de todo, ya que todo es mecanismo, suma de artificios, de trucos o para emplear una palabra más honorable, de operaciones; atacar los resortes, convertirse en relojero, ver dentro, dejar de engañarse: eso es lo que cuenta.

El hombre, tal como Valery lo concibe, sólo vale por su capacidad de no consentimiento, por el grado de lucidez que haya alcanzado. Esta exigencia de lucidez hace pensar en el grado de vigilia que supone toda experiencia espiritual, y que estará determinada por la respuesta que se dé a la pregunta capital: "¿Hasta dónde he llegado en la percepción de la irrealidad?"

Se podría seguir con detalle el paralelismo entre la búsqueda de la lucidez más acá del absoluto, tal como se presenta en Valery, y la búsqueda de la vigilia con vistas al absoluto, que es la vía propiamente mística. En ambos casos se trata de una exacerbación de la conciencia ávida de sacudirse las ilusiones que arrastra.

Asignarse una tarea imposible de llevar a cabo, e incluso de definir, querer el vigor cuando se está roído por la más sutil de las anemias, tiene algo de inmise en scène, un deseo de engañarse, de vivir intelectualmente por encima de sus capacidades, una voluntad de leyenda y de fracaso: el fracasado a un cierto nivel, es sin comparación, mucho más cautivador que el que ha tenido éxito.

.....

Nos interesamos, cada vez más, no en lo que un autor ha dicho, sino en lo que hubiera querido decir, no en sus actos, sino en sus proyectos, mucho menos en su obra real que en su obra soñada.

De: mecanismos de la utopía.

Lo más loable en las utopías es haber denunciado los daños que causa la propiedad, el horror que representa, las calamidades que provoca. Pequeño o grande, el propietario está mancillado, corrompido en su esencia: su corrupción recae sobre su fortuna, si se le despoja de ella, se verá obligado a una toma de conciencia de la que normalmente es incapaz. Para retornar una apariencia humana para recuperar su "alma", es necesario que el propietario se vea arruinado y que consienta en su ruina. La revolución le ayudará. Al devolverlo a su desnudez primitiva, lo anula en lo inmediato y lo salva en lo absoluto, pues la revolución libera —interiormente, se entiende— a aquellos a quienes primero golpeo: se posesiona de ellos; los re-sitúa como clase al darles su antigua dimensión y los devuelve a los valores que traicionaron. Pero incluso antes de tener el medio o la ocasión de golpearlos, la revolución mantiene en ellos un miedo saludable: perturba su sueño, alimenta sus pesadillas, y la pesadilla es el principio del despertar metafísico. Es pues, como agente de destrucción como revela su utilidad; aunque fuese nefasta una cosa la redimirá siempre: sólo ella sabe que clase de terror utilizan para sacudir a ese mundo de propietario, el más atroz de los mundos posibles. Cualquier forma de posesión, y no temamos insistir en ello, degrada, envilece, halaga al monstruo adormecido que dormita en el fondo de cada uno de nosotros. Disponer, aunque no fuese más que de una escoba, contar con cualquier cosa como bien propio, es participar en la indignidad general. ¡Que orgullo descubrir que nada nos pertenece, que revelación! Uno se consideraba el último de los hombres, y he aquí que, de pronto, sorprendido y como iluminado por la desposesión, ya no sufre, por el contrario, ella se convierte en un motivo de suficiencia, y todo lo que se desea es estar tan desposeído como lo está un santo o un alienado.

Apartes de carta sobre algunas aporias

“Siempre había creído, querido amigo, que, enamorado de su provincia, ejercitaba allí el desapego, el desprecio y el silencio.

¡Cual no sería mi sorpresa al oírles decir que preparaba un libro! Instantáneamente, vi dibujarse en usted un futuro monstruoso: el autor en que se va a convertir.

“Otro que se pierde”, pensé. Por pudor, se ha abstenido usted de preguntarme las razones de mi decepción; del mismo modo yo hubiera sido incapaz de decírselas de viva voz. “Otro que se pierde, otro hechado a perder por su talento”, me repetía yo incesantemente. Al penetrar en el infierno literario, va usted a conocer sus artificios y su veneno; sustraído a lo inmediato, caricatura de usted mismo, ya no tendrá más que experiencias formales, indirectas; se desvanecerá usted en la palabra. Los libros serán el único tema de sus charlas. En ésto sólo se dará cuenta, usted demasiado tarde, tras haber perdido sus mejores años en un medio sin espesor ni sustancia. ¿El literato? Un indiscreto que desvaloriza sus miserias, las divulga, las reitera: el impudor —desfile de reticencias— en su regla; se ofrece. Toda forma de talento va acompañada de una cierta desvergüenza. No es distinguido más que el estéril, el que se borra con su secreto, porque desdeña exponerlo: los sentimientos expresados son un sufrimiento para la ironía, una bofetada al humor.

Nada más fructuoso que conservar un secreto. Os trabaja, os roe, os amenaza. Incluso cuando se dirige a Dios, la confesión es un atentado contra nosotros mismos, contra los resortes de nuestro ser. Los disturbios, las vergüenzas, los espantos, de los que las terapéuticas religiosas o profanas quieren liberarnos, constituyen un patrimonio del que a ningún precio deberíamos dejarnos despojar. Debemos defendernos contra quienes nos curan, y aunque pereciéramos por ellos, deberíamos preservar nuestros males y nuestros pecados. La confesión: violación de las conciencias perpetrada en nombre del cielo. ¡Y esa otra violación que es el análisis psicológico! Laicificada, prostituida, la confesión se instalará pronto en todas las esquinas. Exceptuando unos pocos criminales, todo el mundo aspira a tener un alma pública, un alma anuncio.

Vaciado por su fecundidad, fantasma que ha gastado su sombra, El hombre de letras disminuye con cada palabra que escribe. Solo su vanidad es inagotable; si fuera psicológica tendría límites, los del yo. Pero es cósmica o demoníaca y le sumerge. Su "obra" le obsesiona: alude a ella sin cesar, como si, sobre nuestro planeta, no hubiese, fuera de él, nada que mereciese atención o curiosidad. ¡Pobre de quien tenga la impudicia o el mal gusto de charlar con él de otra cosa que de sus producciones! Así pues, concebirá usted que un día, a la salida de un almuerzo literario, vislumbre la urgencia de una noche de San Bartolomé de gente de letras...

Escribir libros no deja de tener alguna relación con el pecado original. Pues ¿qué es un libro, sino una pérdida de inocencia, un acto de agresión, una repetición de nuestra caída? ¡Publicar sus taras para divertir o exasperar! . Una barbaridad para nuestra intimidad, una profanación, una mancha. Y una tentación. Le hablé con conocimiento de causa. Por lo menos, tengo la excusa de odiar mis actos, de ejecutarlos sin creer en ellos, usted es más honrado: usted escribirá libros y creará en ellos, creará en la realidad de las palabras, en esas ficciones pueriles e indecentes. Desde las profundidades del asco se me aparece como un castigo todo lo que es literatura; intentaré a falta de alcanzar el absoluto del desengaño, me condenaré a una frivolidad morosa. Brisnas de instinto, empero, me obligan a agarrarme a las palabras. El silencio es insoportable: ¡que fuerza hace falta para establecerse en la concisión de lo Indecible! Más fácil es renunciar al pan que a las palabras. Desdichadamente, la palabra resbala hacia la palabrería, hacia la literatura. Incluso el pensamiento tiende a ello, siempre listo a expandirse, a inflarse; detenerle por medio de la agudeza, reducirlo a aforismo o a donaire, es oponerse a su expansión, a su morimiento natural a su ímpetu hacia la disolución, hacia la inflación. De aquí los sistemas, de aquí la filosofía. La obsesión del laconismo paraliza la marcha del espíritu, el cual exige palabras en masa, a falta de reiterar, de desacreditar lo esencial, es que el espíritu es profesor.

Contra la Imagen.

I

El espíritu que se orienta hacia la desnudez rechaza las semejanzas que le recuerdan este mundo del que quiere separarse. Sólo siente exasperación ante lo que existe o parece existir. Mientras más se aleje de las apariencias, menos necesitará de signos que las realcen o de simulacros que las denuncien, unos y otros igualmente funestos para la búsqueda de lo importante, de lo que se oculta, de ese fondo último que exige, para ser aprendido, la ruina de toda imagen, espiritual inclusive.

II

Privilegio maldito del hombre exterior, la imagen, por más pura que sea, conserva una pizca de materialidad, apenas una rugosidad y, puesto que remite necesariamente al mundo, lleva consigo un elemento de incertidumbre y de perturbación; Solo mediante una victoria sobre ella podremos encaminarnos hacia el ser desnudo, hacia esa seguridad sin amarras que lleva por nombre liberación. Librarse en verdad significa despojar la imagen, desprenderse de todos los símbolos del aquí abajo.

III

Nos liberamos de la imagen si, en un movimiento semejante, nos liberamos de la palabra. Todo vocablo equivale a una mancha, "ninguna palabra puede esperar otra cosa fuera de su propia derrota", proclama Gregorio Palamas en su Defensa de los santos quietistas. Sólo merced al silencio se accede a ese fondo de más allá de las apariencias, ese silencio del que Séraphin Sarov dice hacía al hombre semejante de los ángeles.

Algo digno de tomarse en cuenta: no hay silencio frívolo, silencio superficial. Todo silencio es esencial. Cuando se le saborea, se conoce automáticamente una forma de supremacía, una soberanía extraña. Es posible que lo que se designa por interioridad, no sea más que una espera muda. De la misma manera, no hay "vida verdadera", vida espiritual a secas, que no implique la muerte de la imagen y de la palabra, la destrucción, en lo más íntimo del ser, de este mundo y de todos los mundos. La experiencia mística se confunde, en su límite, con la beatitud de un supremo rechazo.

IV

Perseguir, buscar la imagen, es demostrar que nos hemos quedado más acá del absoluto, y que no estamos capacitados para la visión pura. Y es comprensible, pues no se trata de una visión sin objeto, sino de una visión que está más allá de todo objeto. Se podría decir incluso que lo que ella nos permite ver es la ausencia sin límites de todo lo que puede ser visto, la desnudez tal cual, la vacancia como plenitud, o, mejor aún, ese “abismo de la superesencia”, celebrado por Ruysbroek.

V

De todos aquellos que buscan, sólo el místico ha encontrado, pero en pago de un favor tan excepcional, jamás podrá decir qué encontró, a pesar de tener la seguridad que únicamente el saber intrasmisible confiere (el verdadero saber, en suma). El camino por el cual nos invitará a seguirlo, desemboca en una vacuidad sin precedente, pero —y ahí radica lo maravilloso— una vacuidad que colma, pues reemplaza a todos los universos abolidos. De lo que aquí se trata es de una empresa, la más radical que se haya intentado, para anclarse en algo más puro que el ser o la ausencia de ser, en algo superior a todo, al absoluto mismo.

VI

El saber que se nutre en las apariencias, es un falso saber, o, si se prefiere, un no-saber. Para el místico, el conocimiento, en el sentido último de la palabra, se concreta a una ignorancia iluminada, una ignorancia “transluminosa”. “Aquellos que viven en la frecuentación de esta ignorancia y de la luz divina, perciben por sí mismos algo como una soledad devastada”, dice Ruysbroek.

Partiendo de esta soledad, se comprenderá fácilmente la necesidad, la urgencia del desierto, espacio propicio para la fuga hacia la ausencia de imágenes, hacia un despojo inusitado, hacia la unidad desnuda, más bien hacia la Deidad que hacia Dios. “La Deidad y Dios”, afirma Meister Eckhart, “son tan distintos como el cielo y la tierra. El cielo está a miles de leguas más arriba. Así la Deidad en relación a Dios deviene y pasa”.

Atenerse todavía a Dios es, según lo anotó un comentarista, permanecer "en el umbral de la eternidad", es no penetrar en ella, pues la eternidad sólo se alcanza elevándonos a la Deidad. Inspirándonos en esa misma "soledad devastada", ¿cómo no evocar esa "oratio ignita", esa "plegaria de fuego" de la cual, según un padre de los primeros siglos, únicamente somos capaces cuando estamos tan impregnados de una luz de arriba, que ya es imposible emplear el lenguaje humano?

editorial u. de a.